

**SERVICIO DE
PUBLICACIONES**

Miguel Grande

Ricardo Pinilla (editores)

GRACIÁN: BARROCO

Y MODERNIDAD

(338 págs., 20 euros)

Angel Cordovilla Pérez

GRAMÁTICA DE LA ENCARNACIÓN

La creación en Cristo en la teología de

K. Rahner y Hans Urs von Balthasar

(512 págs., 32 euros)

Salomé Adroher Biosca (coord.)

DISCAPACIDAD E INTEGRACIÓN:

FAMILIA, TRABAJO Y SOCIEDAD

(408 págs., 18 euros)

Pilar Soldevila García

Esther Roca Batllori

LA CONTABILIDAD DE GESTIÓN

EN LAS ORGANIZACIONES

SIN ÁNIMO DE LUCRO

(126 págs., 9 euros)

Susana de Tomás Morales

Esther Vaquero Lafuente

Christine Heller del Riego (coords.)

EL DÍA DE EUROPA

Las transformaciones de la Unión Europea:

la ampliación y la convención europea

(288 págs., 19 euros)



Universidad Comillas, 3 · 28049 Madrid
Tfno.: 91 540 61 45 · Fax: 91 734 45 70
Correo electrónico: edit@pub.upco.es

Con Dios y sin Dios (4)

La fe impide que cada cual se crea el centro del universo



TONI COMÍN

El verano acaba, pero nosotros seguimos con nuestras reflexiones sobre la fe y el agnosticismo hijas de ese bello diálogo en forma de libro entre dos amigos, Ignacio Sotelo y José Ignacio González Faus, llamado *¿Con Dios o sin Dios?* (Hoac). El artículo pasado lo terminamos diciendo que tan *razonable* es la postura creyente como la postura agnóstica. En esto son simétricas. Sin embargo, hay en ellas una asimetría fundamental: la actitud creyente ante el misterio de la ausencia de Dios es una actitud de esperanzada confianza. Este es el plus de la fe, pero este plus —decíamos— sólo es posible si es reconocido como un don recibido, un don dado por el Dios mismo en quien se cree, o lo que es lo mismo, a quien se ama.

Lo que se cree, en lo que se confía, lo que se espera es una buena noticia. “Dios es amor”: por eso nos creó y por eso nos salvará. ¿No es mucho más ventajosa, pues, la postura creyente que la postura agnóstica? Si en todos los seres humanos, según dijimos en los artículos pasados, hay un “deseo de Dios”, si la fe en Dios es perfectamente razonable a pesar de su “ausencia”, y si esta fe es una buena noticia, una noticia más feliz que el “no news” característico de la posición agnóstica ¿no parece, en este caso, casi un absurdo la opción de no creer? ¿No parece la fe lo más lógico, lo más recomendable, lo más provechoso? Parece casi de idiotas no creer en algo que satisface un ansia humana esencial, que es razonable y que, además, ilumina la vida. ¿No es eso lo que quería decir Pascal en su metáfora de la apuesta, cuando explicaba que si apostamos por Dios y ganamos lo ganamos todo, mientras que si perdemos no perdemos nada?

Sin embargo, la fe es gratuita. Es cierto que la fe es el mejor negocio posible. Pero, en última instancia, este negocio no depende de nosotros sino de Dios. Y sólo Dios sabe si creemos o no, sólo Él sabe cuando lo hacemos de verdad y cuando no. Esto quiere decir que a veces creemos creer, pero en realidad estamos lejos de Dios. Y otras veces, el agnóstico convencido de que no cree en Dios está cerca de Dios, amándolo secretamente, sin apenas darse cuenta.

La fe es una ventaja, pero es una ventaja que no se elige, sino que se recibe. Una ventaja de la cual, a veces, se carece creyendo tenerla; y que otras se tiene aun cuando no se sepa. Como dice Weil, la presencia de Dios en nosotros puede ser tan íntima que sea un secreto incluso para nosotros mismos. Y nos dice también: está más cerca de Dios aquél que no teniendo experiencia de Dios niega a Dios, que aquél que sin tener experiencia de Dios lo afirma.

A partir de ahí, lo fundamental de la fe es que, tengamos o no conciencia de ella, cambia la vida. De entrada, obliga a reconocer que “uno mismo no es Dios”. El hombre tiende, por su estructura consciente, a considerarse el centro de su universo. Dado que para cada uno de nosotros no hay más universo que aquél que experimentamos y percibimos como propio, creernos el centro de nuestro universo nos lleva, imperceptiblemente, a creernos el centro del universo. Sin embargo, la fe nos descentra y nos remite a Otro, sobre el cual no tenemos ningún poder. La fe es, por lo tanto, una experiencia de pobreza, de no-poder, de aceptación de la propia debilidad. Como escribía González Faus en *¿Con Dios o sin Dios?*: “La primera experiencia de Dios que puede hacer todo ser humano es la aceptación práctica y no sólo teórica de que él no es Dios.”

Por eso, la fe es una ventaja porque da sentido de esperanza a nuestra vida, y permite afrontar en estado de confianza el misterio radical de la existencia, pero esta ventaja sólo se alcanza si somos capaces de pagar un precio, liberador pero también doloroso. Un precio que normalmente no estamos dispuestos a pagar: la renuncia al egocentrismo que de manera natural constituye al ser humano.

La fe, como decía Blondel, consiste en renunciar a “ser dioses contra Dios”, pero a cambio nos permite “ser Dios en Dios”. Nos permite participar, desde nuestra limitación, en la naturaleza amorosa de Dios. Porque este amor divino se ofrece gratuitamente, para que, todo aquél que quiera, pueda participar en Él. Como explicaba la mística clásica, Dios está dispuesto a tomarnos a cada uno de nosotros a cada momento. Somos nosotros los que, más allá de nuestra confesión de fe, podemos o no dejarnos tomar. □

TONI COMÍN

Profesor de Ciencias Sociales de ESADE